

IN MEMORIAM

EL PROFESOR MARCEL BERARD (1908-1956), DE LYÓN, FALLECE
EN ACCIDENTE DE AUTOMÓVIL

DE Francia nos escriben unos amigos y compañeros de profesión dándonos la noticia del fallecimiento del profesor Berard, el día 19 del pasado mes de enero, a las cinco menos cuarto de la tarde, en la ruta nacional número 89, en el lugar llamado «Anzon», cerca de L'Hopital-sur-Rochefort, en el departamento del Loire.

Por aquello de que «hasta morir aprendiendo», muchos hemos sido los españoles que caminamos por las tierras de Francia para encontrar a este extraordinario profesor, fisiólogo y cirujano de tórax, a quien se puede calificar como una de esas buenas personas, sencillo en el trato, caballero y compañero en toda la extensión de la palabra.

Por el año 1952, y en los meses de octubre y noviembre, yo era un alumno suyo que corría también con el profesor en su «11 ligero Citroen», y cuando, después de fatigosas jornadas de clínica o de operaciones, montaba en su coche, desplazándonos 200 ó 300 kilómetros hacia el interior, camino de Clermont Ferrand (Sanatorio Clementel) o camino de Cluny (Sanatorio Bergesserin), o de la Alta Saboya (Sanatorio Mangini), etc., partiendo del Hospital Herriot, después de toda la mañana de trabajo desde las ocho, no sabíamos qué más admirar, si sus extraordinarias cualidades de médico clínico fisiólogo, de gran cirujano de tórax, si su extraordinaria resistencia a la fatiga con su complexión de hierro, o sus cualidades de conductor en el volante, que ponía «los pelos de punta» cuando con él se viajaba.

Cuando estas líneas las lean mis compañeros Manresa (de Barcelona), Sagaz (director del Sanatorio de Jaén), Almansa de Cara (director del Sanatorio de Málaga), Raventós y Cornudella (hijos de los célebres fisiólogos catalanes), etcétera, recordarn los malos ratos —al menos, esto me sucedió a mí— cuando con el profesor Berard se «volaba» en su coche por las carreteras de Francia. Recuerdo, efectivamente, cómo en una cena de despedida con varios compañeros, alguien le recordó que corría demasiado y que tenía el ejemplo también de su hermano, fallecido en un accidente de automóvil. Mas su vocación por operar y curar a los tuberculosos era tanta, que con él acabó esta enfermedad incurable del siglo: la velocidad. Poco tiempo hace, leía en un periódico que en el pasado año 1955 habían fallecido en Francia más víctimas de accidente de automóvil que de la tuberculosis.

Según leemos, el profesor Berard entró en colisión con un camión que iba en sentido opuesto, falleciendo en el acto a consecuencia del golpe. Salieron ilesos otro médico que le acompañaba y su enfermera anestesista, que también venía con nosotros en los desplazamientos, mademoiselle Bonifaz. El coche del profesor fué a parar siete metros fuera de la carretera, y el camión, zigzagueante con la dirección rota, fué a dar contra un muro de la carretera, sin daño para los ocupantes.

Tan afectuosamente nos acogió cuando a Francia fuimos a estudiar, y en su trato fué tan caballero y atento, que el recuerdo de tan excelente maestro perdurará para siempre en nuestra memoria y agradecimiento. Esto que escribo lo dirán todos los que a su lado estuvieron, y doy fe de que los españoles que nos encontrábamos en Lyon no sabíamos cómo pagar las atenciones de este hombre, que a los 47 años desaparece dejando un lugar muy difícil de llenar en Francia y en Europa.

Berard se interesaba mucho por el castellano, y con frecuencia nos preguntaba reglas gramaticales de nuestro idioma. En plena conversación en los sanatorios o en las sobremesas, hacía alarde de sus conocimientos del castellano, resumiendo en nuestro idioma lo que habíamos hablado de medicina, de política —¿cómo no?—, de la guerra pasada española o de la francesa, o de la caza, de la que era un apasionado. Más de una vez, en su traslado al sanatorio, aparecieron debajo del asiento los cartuchos y la canana, que había olvidado a la vuelta a casa. A pesar de que a su clínica acudían médicos de todo el mundo, era con los españoles con los que él hablaba sin cesar, y lo español le seducía fuertemente.

Era hijo del célebre profesor L. Berard, que en 1920 hizo en Lyon las primeras intervenciones quirúrgicas para curar la tuberculosis, simiente que más tarde florecería fuertemente dando nacimiento a la célebre escuela lyonesa de Santy y del fallecido M. Berard. La preparación de Berard fué en los Estados Unidos, en 1935, donde permaneció largas temporadas. Gracias a este profesor, la escuela lyonesa contó con las primeras intervenciones coronadas por el éxito en las exéresis por tuberculosis, en las pericardiolisis o en la ablación de tumores del mediastino. El nos decía que todo lo debía a su constancia, a permanecer horas y noches en la clínica al lado de sus enfermos, para observar a éstos y estudiar sus accidentes. Maravillaba su sangre fría, su tranquilidad e imperturbable carácter, y su destreza y paciencia operatorias.

Leemos que Santy dice que los dos, a la vuelta de la guerra última, de la que obtuvieron sólo «decepciones y tristeza», hallaron con los éxitos de su cirugía de la tuberculosis o de los tumores la mejor recompensa de los sinsabores pasados. Diez años de esfuerzo dieron a Berard la gloria de su especialidad. Iba a ser nombrado catedrático de Cirugía Torácica de la Facultad de Medicina de Lyon. La brutalidad mecánica y la fatalidad le han privado de ser el jefe del pabellón 0 del Hospital Herriot, al próximo retiro del profesor Santy, el célebre cirujano de tórax y afamado por sus intervenciones en el corazón.

Deja Berard una legión de enfermos curados y de médicos agradecidos. Sin consuelo quedan su esposa, sus seis hijos y su anciano padre, el profesor L. Berard. Los funerales se celebraron en la iglesia de la Redención, y la misa de réquiem estuvo presidida, en representación del cardenal Gerlier, por el Magr. Duquaire. Cinco discursos fueron la despedida de sus compañeros. Marcel Gargent, subdirector del Centro Anticanceroso; el doctor Sauvage, de París, en representación de la Academia de Medicina de Francia; el médico general Gabrielle,

en representación de los Hospitales Civiles de Lyon; el decano de la Facultad de Medicina de Lyon y el profesor Santy, que fué su maestro, en representación del pabellón 0 del Hospital Herriot, del que Berard era el segundo cirujano torácico.

Berard tenía una afamada clínica particular (Clínica Vendomme, en Lyon, Rue Duquens), que heredó de su padre, lujosamente instalada, donde diariamente operaba. Cuando yo estuve, eran la exéresis por tuberculosis o por tumores malignos o benignos, sobre todo adenomas, los que motivaban sus intervenciones de enfermos venidos de toda Europa. Cuando le aconteció el accidente que le costó la vida, se dirigía al Sanatorio «Etienne Clementel» (Clermont Ferrand), en el que también estuvimos nosotros. Su director, Robert Arribelhaute, joven y dinámico, tenía una gran amistad con el profesor Berard y era blanco, con frecuencia, de las ironías finas y elocuentes del célebre profesor. En su proximidad, el «Sanatorio Militar Les Gravier» era también visitado por Berard, y con él también lo conocimos. Era proverbial el trato paternal que daba a los combatientes enfermos de tuberculosis repatriados de las lejanas tierras de Indochina, donde combatían en defensa de Francia. Con el profesor visitamos también el Sanatorio Departamental de Bergesserin, cerca de la villa de Cluny, célebre por su abadía y arte románico. Este sanatorio, empezado a consensualmente se trasladaba también al Sanatorio «Mangini», en la Alta Saboya, donde su padre, el profesor Berard, operó la primera toracoplastia en Francia. Su director era el doctor J. Germain. Al terminar en este sanatorio, se trasladaba a otro en la proximidad, «La Fresnaie», dirigido por Dumarest (hijo). Diariamente acudía también, del Hospital Herriot, donde era jefe de una sala del pabellón 0 del Servicio del profesor Santy, al Hospital Jules Courmont, a una decena de kilómetros de Lyon, donde era jefe también de otra sala de tuberculosis dependiente de los Hospitales Civiles de Lyon. Alguna vez fuí también con él al Hospital de Santa Eugenia. Allí conocí al profesor Duffour, casus lecciones donde este anciano venerable, de hablar pausado, y ante una radiografía era tanto lo que sobre la misma hablaba, que olvidábamos a veces que nos hablaba en idioma que no era el nuestro, porque, al fin y al cabo, el lenguaje de la ciencia pura no tiene más que un solo modo de expresarse verdadero para los latinos.

A través de sus publicaciones y de cuanto oíamos al profesor Berard, eran varios los problemas que a él le preocupaban en esta nueva cirugía, que así creemos nosotros interpretar: a) Las hemorragias misteriosas en cirugía del tórax. b) Las exéresis iterativas después de las lobectomías. c) La implantación de la anestesia ligera en estas intervenciones. d) El problema de las exéresis segmentarias y los secuestros pulmonares postexéresis segmentarias. e) Las reacciones pericardíticas tuberculosas después de las exéresis.

Sus colaboradores franceses por entonces más adictos eran Jutin, Maret y Galy, este último famoso anatomopatólogo jefe de un servicio de Anatomía Patológica de la Tuberculosis en el Hospital Herriot. A su llegada a los sanatorios, los diferentes directores o subdirectores le exponían los casos clínicos de futuros operados, discutiendo con ellos la oportuna indicación. Toda la conversación era registrada en cinta magnetofónica, y el resultado de la intervención lo dictaba a su taquígrafa en el acto, así como el resultado del estudio macroscópico que él mismo hacía de la pieza operatoria.

Cuando durante la intervención no respondía el enfermo a lo previsto en el examen funcional preoperatorio, nada más terminar llamaba al que la había realizado, haciéndole presentar los gráficos espirométricos, electrocardiográficos, etcétera, y era curioso ver cómo acudían preocupados dando explicaciones en defensa del trabajo hecho y de lo investigado. Berard se limitaba a escuchar, preguntaba y se daba por satisfecho de lo que oía, sin decir una palabra más alta que otra. Era elegante en todo, como dice el profesor Santy, hasta en el «surmenage», pues jamás parecía cansado, después de agotadoras jornadas de trabajo.

Señalemos, por fin, que en busca de solución al empiema tuberculoso, tan frecuente hace años y sin solución médica cuando a la infección se añadía el pulmón opaco inexpandible o el «lung destroyed», él perfeccionó y llevó a cabo la pleuroneumonectomía hasta casi mundialmente conocerse con el nombre de «operación Berard».

Las frases de ritual no son suficientes en este caso para expresar a madame Berard nuestro sentimiento intentando vanamente consolarla. Dios y Nuestra Señora de Fourviere le habrán dado el eterno descanso de su gloria, que ya en esta tierra sobradamente había merecido.

DR. JAVIER SAMITIER